

# SUPLEMENTO DIGITAL



Arquidiócesis de La Habana

## Contenido

(Septiembre 2006. No. 3)

- ‡ [Un bávaro en el corazón de la Shoah](#)
- ‡ [¡Ah, Lezama, que tú escapes...!](#)
- ‡ [El mapa de la felicidad](#)
- ‡ [Nuevos cursos en San Agustín](#)
- ‡ [Noticias](#)
- ‡ [Créditos](#)

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:  
[arzhabana@cocc.co.cu](mailto:arzhabana@cocc.co.cu) y en el asunto: Casa Laical.

La revista *Espacio Laical* puede ser adquirida en la Casa Laical,  
sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)  
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

### ‡ *Un bávaro en el corazón de la Shoah*

Por Lenier González



Esta fotografía reproduce uno de los homenajes que el Estado israelí le tributó a Oskar Schindler durante la década de 1960.

El pasado mes de mayo todos los medios de prensa occidentales se hacían eco de la visita del Santo Padre Benedicto XVI a Polonia. Si bien desde el inicio mismo de periplo se pudo percibir cierto consenso informativo entorno al éxito de la visita -con énfasis en la calurosa bienvenida tributada por cientos de miles de polacos al sucesor del Papa Wojtyła- hacia el día cuarto y final los nubarrones se ciñeron de manera estrepitosa sobre el entorno mediático polaco. Ese día, 28 de mayo de 2006 en horas de la tarde, el Santo Padre visitaba el campo de concentración de Auschwitz donde, además de rezar y recorrer el famoso *camino de las lápidas*, pronunció un discurso ante decenas de sobrevivientes del terror fascista. Nadie puede negar la trascendencia del acontecimiento: por vez primera, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, un Papa procedente de Bavaria, corazón mismo de la nación alemana, visitaba el famoso campo de exterminio, símbolo universal de los horrores del nacional-socialismo alemán.

No puedo negar que, como católico, esperé con ansiedad las palabras del Papa en su visita a Auschwitz. Desde adolescente guardo un especial interés por el Holocausto. Si a alguien le debo esa sensibilidad especial que poseo por el drama vivido por los judíos europeos durante la segunda conflagración mundial es al periodista soviético Boris Polevoi. *Epílogo de Nuremberg*, compilación de las crónicas del que fuera corresponsal del periódico *Pravda* ante el Tribunal Internacional de Nuremberg, me mostró con minuciosidad dantesca las interioridades del Tercer Reich y sus grandes fábricas de la muerte. De la mano del que fuera uno de los dignos exponentes del realismo socialista pude recorrer Mauthausen-Gusen, Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Dachau..., todos ellos auténticos monumentos barbáricos que, en la frialdad de la noche fascista, devoraron millones de vidas, la mayoría de ellas judías.

Aun el Papa no había abordado el avión que lo llevaría de regreso a la Ciudad Eterna -precisamente a su salida de Auschwitz- y ya los medios de prensa daban forma al tsunami informativo que, sobre el discurso papal en el campo de exterminio, recorrió el mundo de un lado al otro durante casi una semana. Luego de la tradicional lluvia de cables irrumpieron los columnistas de los principales diarios de Occidente, quienes, en un difícil ejercicio de equilibrismo periodístico, intentaron diseccionar las palabras de Benedicto XVI.

El discurso del Santo Padre en Auschwitz es una pieza muy bien hilada, donde se distinguen la originalidad y el finísimo tacto intelectual de quién habla. Sus palabras resaltan, ante todo, por la fuerza moral de sus axiomas, impregnadas de un profundo sentido teológico, dejando ver, desde el principio, la andadura ontológica de quién habla: se trata -sin dejar lugar a dudas- de un hombre de Dios, de un discípulo de Cristo.

El Sumo Pontífice no tuvo remilgos en proclamar al mundo que el Tercer Reich fue intrínsecamente demoníaco, encarnación mortífera del mal en la historia. Los medios acusaron al Papa de ser indulgente con sus coterráneos alemanes, llamándolos solamente “*un grupo de criminales*” que alcanzó el poder mediante promesas mentirosas y en nombre de perspectivas de grandeza. Si bien históricamente el proceso fue mucho más complejo y preñado de ambigüedades, con esta simplificación no creo que el Papa quiera ajustarse a una aritmética de la tergiversación y el silencio, sino llamar la atención sobre lo nefasto que puede resultar cuando una élite de poder se convierte en promotora de la irracionalidad, en cabeza de lanza de una restauración pagana, en porta estandarte que pretende refundarlo todo *ex nihilo* mediante el terror y el odio, dándole la espalda a Dios.

Benedicto XVI imploró porque “se despierte en nosotros la escondida presencia divina”, en momentos en que “parecen emerger nuevamente en el corazón de los hombres todas las fuerzas oscuras”: por una parte, el abuso del nombre de Dios para justificar una violencia ciega contra personas inocentes; de otra, el cinismo que no conoce a Dios y escarnece la fe en Él, suplantándolo por reglas humanas que no se asientan en la dinámica del Amor y el Bien. La nociones del Bien y del Mal como categorías pre-políticas -uno de los tópicos abordados con brillantez por el entonces cardenal Ratzinger en sus diálogos con el filósofo Jurgen Habermas- se yerguen en las columnas vertebrales de las reflexiones de Benedicto XVI en Auschwitz. Sus reflexiones –más teológicas que políticas- no se conforman con la condena del pasado, sino que se trastocan en advertencia para el futuro, en un llamado a que la razón “reconozca al mal como mal y lo rechace”, suscitando en el ser humano la opción por el bien y la verdad. Las miles de lápidas de Auschwitz son un símbolo para no olvidar el pasado, pero desterrando el odio, en una nueva dialéctica que se sustenta en el amor.

Solo a la luz de estos matices es que se puede comprender el profundo sentido de sus palabras. Muchos esperaban un *mea culpa* en nombre de la nación alemana, o una condena que incluyera nombres y apellidos. El Papa Ratzinger bien pudo haberse ceñido a los cánones que, desde hace medio siglo, se siguen en intervenciones públicas para hacer referencia al Holocausto y a la Segunda Guerra Mundial. Como diría un columnista del *Corriere della Sera*, todos esperaban que el Papa “correspondiera a las expectativas que el discurso público acreditado ha venido alimentando, basado en un esquema predeterminado de juicios, atribuciones de culpas y evocaciones”-a lo que yo añadiría también ciertas ritualidades. De haberse enmarcado en la racionalidad de lo “políticamente correcto” de seguro hubiese conseguido el beneplácito mediático internacional. En cambio, el Papa alemán decidió tomar otro camino, de mayor altura a mi juicio, y supo recorrerlo sin renunciar a la condena absoluta de los crímenes y de los criminales, pero a la vez dando un paso más allá, mirando en la profundidad de las causas subyacentes, posando su mirada –serena y penetrante- en la profundidad del corazón humano, cuna donde se anidan el bien y el mal. Y esta es, a mi juicio, la virtud medular del discurso de Benedicto XVI en Auschwitz.

## [Para leer el discurso del Papa Benedicto XVI, en Auschwitz](#)

### [Regresar arriba](#)

✦ «¡Ah, Lezama, que tú escapes...!»

Por Habey Hechavarría



José Lezama Lima  
de Trocadero 162.

Hoy, 9 de agosto, José Lezama Lima cumple 30 años de su nacimiento a la eternidad. Sobre su tumba, en el cementerio de Colón de La Habana, a diferencia de otros años cuando aparecían flores sueltas o ramilletes, se encontraban dos coronas. Los trabajadores del cementerio y de su casa-museo lo recordaban mediante un gesto que no dejaba de tener cierto regusto sindical.

Tal vez el gordo novelista y asmático poeta agradezca este recuerdo entre tantos homenajes sinceros y formales que ha tenido que soportar a destiempo -o a su justo momento, vaya usted a saber. Atrás han quedado las enconadas polémicas por su novela *Paradiso*, las ojerizas por lo oscuro, erudito, barroco de su poesía y ensayística, y por la hondonada de incomprendimientos surgidas a principios de los años 70. Al morir era poco más que un extravagante escritor, abandonado en la pequeñez de su apartamento

Ese recinto ya era mítico, pero no museo, en la segunda mitad de la década del 80. Su figura, junto a la del resto de los integrantes del llamado grupo *Orígenes* (por la revista que hicieron entre 1944 y 1956), vio difuminarse las sombras de la desconfianza. Empezaba, entonces, otro capítulo de su vida y de su obra. Quizás comenzaba, aunque póstuma, la etapa más prolífica e influyente de su carrera literaria: la Era Lezamiana, como quien dice “una nueva era imaginaria”. Poco a poco la era lezamiana fue ocupando periódicos, editoriales y revistas. La producción del maestro conoció el milagro, para aquellos días, de las reediciones custodiadas por ensayos y estudios de diferente matiz y perspectiva.

Coincidía con que despertaba a la vida cultural una generación ávida del cuño origenista y en particular del lezamiano. Se procuraba conocer todo de él, absorber su literatura incluyendo las cartas y el diario, apropiarse de sus referentes, las anécdotas, leer lo que había leído, ver lo que le impresionó, escuchar la impactante grabación que le hiciera Casa de las Américas; revivir el Curso Delfico; recorrer La Habana evocada en sus textos, calle a calle y palmo a palmo; echar una ojeada hacia el interior de la sala de Trocadero y, si era posible, colarse en la casa. En fin, escribir y vivir interiormente como se supone que había vivido. Un regimiento de imitadores lezamistas, pues no lezamianos, procuraba defender así, ingenuamente, la memoria del maestro sintiéndose copistas medievales o discípulos en un taller renacentista. Fueron los extraños 90, años de una era nacida de la imaginaria lezamiana, que, al fundir su sistema poético con la poesía, repetíamos pensando en él su poema “¡Ah, que tú escapes...!”.

A Lezama se le encontraba en cualquier parte. Simposios, conferencias, citas constantes, crearon el ambiente propicio para la evocación mitopoética de su personalidad en *El bosque, el lobo y el hombre nuevo*, cuento de Senel Paz que ha tenido numerosas versiones teatrales antes y después de encumbrarse en la película *Fresa y chocolate*, de Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, primer filme cubano nominado a los Premios Oscar. La coreografía de Rosario Cárdenas y su compañía Danza Combinatoria estrenaron el espectáculo *Dador*, inspirado en el poemario homónimo. Otra cosa fue la ridícula presentación del autor de *Muerte de Narciso* que ofreciera Reinaldo Arenas en su enfermiza novela autobiográfica *Antes que anochezca*. Por fortuna, al ser llevada al celuloide la interpretación del relato no dio a la aparición de Lezama el mismo tratamiento.

El recurrente estudio de su obra no ha impedido distorsiones de sus palabras justo hasta hoy. Antes de iniciar la redacción de estas líneas la televisión ha transmitido un error en su epitafio dentro de un documental que le homenajeaba. En vez del conocido verso de *Noche insular, jardines invisibles* (“ya que nacer es aquí una fiesta innombrable”), decía: “ya que nacer aquí es una fiesta innombrable”, convirtiendo en exaltación nacionalista una reflexión sobre la idiosincracia. Como todavía se preparan proyectos alrededor del genial intelectual católico cubano, esperemos que esas erratas queden aclaradas para dentro de cuatro años, cuando suenen las fanfarrias del aniversario cien de su natalicio.

Para entonces ya no importará que la pequeña lápida sobre su tumba esté borrosa, ni que la lámina de piedra que cubre los restos de este poeta nacional carezca de atributos o indicadores. Él nos enseñó que en lo invisible aletea el sentido de lo visible. Y el Lezama de hoy, nadie lo duda, ha subido a las alturas de la cultura criolla con las blanquísimas vestiduras de la canonización artística. Mucho habrá visto y mucho se habrá divertido desde el firmamento, mientras iluminaba estas tres últimas décadas de literatura y arte en Cuba. A lo mejor hasta nos ha lanzado una cariñosa trompetilla.

## [Regresar arriba](#)

### † **El Mapa de la Felicidad.**

Pedro Raúl Domínguez

Adrian White, un psicólogo social de la Universidad de Leicester, Inglaterra, acaba de publicar lo que pudiera llamarse el primer *Mapa Mundial de la Felicidad*. Utilizando cifras de 178 países y estudios de organizaciones internacionales como las Naciones Unidas (N.U.) y la Organización Mundial de la Salud (O.M.S.), el investigador ha colocado, en orden decreciente, las naciones cuyos ciudadanos se consideran personas más prósperas y satisfechas con su medio.

Aunque la compilación no es novedosa en sí misma, pues las N.U. y otros organismos internacionales hace años recogen datos para valorar el llamado Desarrollo Humano, White obtiene datos curiosos a partir de comprender la felicidad en términos de salud, educación y riqueza personal. Esta vez, las respuestas no las daban las entidades gubernamentales o civiles asociadas a la recolección de las estadísticas sino los propios ciudadanos, quienes debían refrendar su nivel de satisfacción con la vida que llevaban.

El cable de *Reuters* (Londres, julio 28/2006) no refiere el tipo de preguntas ni el método estadístico, pero el autor aclaró que al recopilar estos datos las medidas eran muy confiables en la predicción sobre salud y prosperidad. White utilizó más de 100 estudios de las mencionadas organizaciones internacionales dedicadas a la salud, el ambiente, la economía y la educación mundial.

Siempre que se investiga sociológicamente una población determinada, las respuestas dadas por los entrevistados pudieran estar matizadas por sus muy específicos modos de percibir la vida y el momento en que esta investigación se realiza. Para disminuir tal sesgo, White evitó países en conflicto armado como el caso de Iraq.

Pero lo notable del estudio es que los niveles de la salud pública, de educación o el ingreso anual de cada ciudadano no son necesariamente productores de felicidad o satisfacción. Estados Unidos se coloca en el lugar 23, mientras Gran Bretaña, con uno de los sistemas de salud y educación más eficientes del Mundo, alcanza el lugar 41. Los alemanes, cuya renta per cápita ha sido de las primeras de Europa en los últimos años, está el 35, y Francia, cuyo pueblo ha presumido, históricamente, de vivir en el país de las mayores libertades y sueños realizables, se ubica tan lejos como en el 62.

Adrian White nos ofrece una explicación a esta aparente contradicción: *los países más pequeños tienden a ser un poco más felices porque existe un sentimiento más fuerte de colectivismo, y también están las cualidades estéticas del país.*

A ello, quizás, pudieran añadirse factores como los grandes flujos migratorios de los países del Sur, los conflictos relacionados con la inserción de estas comunidades en un complejo y envejecido entramado social nativo, los cambios políticos en la última década y el cada vez mayor individualismo y subjetivismo en naciones que un día fueron grandes referentes culturales y económicos.

En cambio, los países mejor ubicados no son potencias en el sentido económico o militar, y sus nombres apenas *suenan* en el contexto de la globalización. Dinamarca se ubica en el primer sitio, seguida de Suiza, Austria, Islandia y la *colada* Bahamas. Ciertamente, sus economías son sólidas, y sus sistemas de salud y educación eficientes, pero parece no haber una relación directa de a mayores índices, mayor felicidad de la persona humana.

Los países peor ubicados son los africanos República Democrática del Congo, Zimbabwe y Burundi, sacudidos por luchas fratricidas, corrupción, enfermedades y hambre. Este resultado en el Mapa de la Felicidad era de esperar. Sin embargo, anota la investigación, no se esperaba que Asia ocupara lugares tan bajos. Japón, con la segunda o tercera economía mundial por décadas, está en el lugar 90, por debajo de China (82). La India, un país extenso y segundo en cantidad de habitantes, se coloca en el 125.

Sobre Japón tal vez merezca la pena un breve comentario. Desde hace años investigadores de ese país y de instituciones que siguen su evolución, han alertado sobre una especie de *sufrimiento implícito*. Los japoneses poseen una de las tasas de mortalidad infantil más bajas del Mundo, una esperanza de vida al nacer que casi rebasa los 80 años, las reservas de dinero y las inversiones fuera del país más dinámicas que cualquier otra nación de Europa, Asia o América Latina. Entonces, ¿por qué se consideran infelices, por qué *sufren* los japoneses?

Una probable consideración es que el *ritmo de vida* que llevan sus ciudadanos para mantener esos niveles de desarrollo y bienestar material está cobrando un alto precio psicológico y espiritual; una dinámica de vivir que nada tiene que ver con la tradicional parsimonia y sencilla vida de casi todos los asiáticos. Ritmo de vida acelerado para un japonés significa dormir 5 horas diarias como promedio, apenas leer periódicos o revistas, ya no salir en las noches o pasar muy poco tiempo con la familia. A pesar de que la sociedad nipona privilegió siempre a las madres, al punto de considerar estas más importantes a sus hijos que una carrera de medicina o ingeniería ya sólida, la solución empieza a ser, como en Europa, dilatar el matrimonio y más aún el primer hijo, a menudo el único.

Adrian White, con su Mapa de la Felicidad, nos recuerda, una vez más, que el dinero no hace la felicidad. Pero sin dinero, tampoco la felicidad es posible. De ese modo, se impone el necesario equilibrio, sobre todo, porque la felicidad, más que una cuestión de salud física, adecuada educación y una renta cómoda, es también un asunto del espíritu.

Felicidad es la percepción de vivir en armonía con uno y con los demás. El sentido de colectivismo y solidaridad entre los ciudadanos, sin bien no es posible con carencias materiales, salud deteriorada o ignorancia, de ningún modo mejora de forma automática cuando los índices de riqueza, salud y educación se elevan *ruidosamente*.

El Mapa de la Felicidad de Adrian White parece decirlo así: la satisfacción plena del hombre es un Todo Indivisible, no la suma de algunas de sus partes.

## [Regresar arriba](#)

## Nuevo período de cursos en San Agustín

El Centro Cultural Parroquial *San Agustín* comienza el día 11 de septiembre el cuarto período de sus ya habituales cursos de formación y ampliación cultural. Ubicado en los bajos de la Parroquia del mismo nombre, ofrecerá idioma inglés (4 frecuencias semanales, a cargo de los profesores Adelaida Villegas y Margarita Notario), de francés (2 veces por semana, profesores Migdalia Aragonés y Abel Pi) y computación de nivel básico con un semestre lectivo, impartido por el profesor Hilarión Pérez.

Además, continúa el escritor y profesor Armando Núñez ofreciendo dos veces por semana el curso Cultura Cubana y Nacionalidad (incluye pensamiento, literatura, teatro, cine, arquitectura, Etnología y Artes Plásticas). También se invita al Taller de Redacción y Estilo, del mismo profesor; su interés radica nociones sobre lingüística, gramática y métodos para analizar textos de diverso tipo. Este curso tendrá duración de 1 año.

En entrevista con monseñor Carlos Manuel de Céspedes, director del Centro, se supo que este año abrirá un grupo de autoayuda para adultos. Su objetivo es enseñar a las personas y las familias a enfrentar y solucionar problemas cotidianos. La conducción de este taller estará a cargo de la psicóloga Rosa Gilda Hernández, quién atesora gran experiencia en el manejo de conflictos familiares, adicciones al alcohol y otras drogas, y la orientación de padres en las relaciones con sus hijos.

Parte complementaria y no menos importante del Centro Cultural San Agustín es su conocida programación de cine, que continúa los domingos a las 4 P.M. El Padre Carlos Manuel insistió en el programa, dividido en bloques temáticos y desde diversos géneros artísticos. Así, tenemos que septiembre se llamará *Recordando a James Dean*; tendrá como primera presentación *Al Este del Paraíso* (10), y la ópera *El Caballero de la Rosa* (17). En Octubre, el bloque llamado *Vidas Ilustres* proyectará, entre otras, la Opera *Falstaff*, de Verdi (1), *Karol, el hombre que se convirtió en Papa* (8) y *Madre Teresa de Calcuta* (22). Noviembre se dedicará a Luchino Visconti, un grande del cine italiano. Se podrá disfrutar del clásico *El Leopardo* (Burt Lancaster, Alain Delon y Claudia Cardinale, día 5) y *El inocente* (19). La programación concluirá en diciembre con un ciclo titulado *La Familia y la Sociedad*, y títulos tan diversos y exquisitos como *The Bishop Wife* (1947, Cary Grant, Loretta Young y David Niven), el ballet *Giselle*, producción del Ballet Nacional de Cuba donde intervienen casi todas las primeras figuras de los años 80 (J. Méndez, L. Araujo, A. Bosch, Rosario Suárez y O. Salgado) y la película *Mujercitas*, de 1949, actuada por Elizabeth Taylor y Janet Leigh y dirigida por Mervin LeRoy.

El Padre Carlos Manuel precisó que, a pesar de estar casi completas las matrículas, los interesados pueden ponerse en contacto con el Centro para recibir más información. La entrada a las sesiones de cine es gratuita, y, como suele suceder, tras su presentación desencadenan debates enriquecedores en todos los sentidos.



**Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, Vicario General de la Arquidiócesis de La Habana e importante intelectual cubano. Rector del Centro San Agustín.**

## [Regresar arriba](#)

## Festival de música cristiana

Texto y foto: Raúl León Pérez.



Por iniciativa de un grupo de jóvenes de nuestra Arquidiócesis, el pasado sábado 29 de julio, fue celebrado, en la Catedral habanera, un festival de música cristiana. El padre Rolando Cabrera, Cura Párroco de la Catedral, acogió favorablemente la iniciativa y apoyó esta maravillosa idea, que tuvo como peculiaridad, la participación de coros, solistas, etc, de otras iglesias y denominaciones cristianas no católicas.

Cuando le preguntamos a los organizadores sobre las motivaciones del Festival nos respondieron: “Sólo nos motivó el deseo de compartir la oración a Jesús, a través del canto, con otros hermanos no católicos que lo reconocemos a Él como único Salvador”.

## Convivencia Diocesana de Familias

Por Raúl León Pérez.

El pasado 25 de Julio, en la Ermita de los Catalanes, fue celebrada la Convivencia de Familias de nuestra Arquidiócesis, organizada por la Pastoral Familiar que anima el Movimiento Familiar Cristiano (MFC). Asistieron cerca de 2 mil personas, provenientes de todas las comunidades de la Arquidiócesis y comenzó con una Eucaristía presidida por monseñor Juan de Dios Hernández, Obispo Auxiliar de la Habana y concelebrada por un grupo de sacerdotes y diáconos habaneros.



## ¡Todos ganaron en sabiduría!

Por Ofelia Bravo

Con su tradicional lema *Educar es liberar*, la VI Escuela de Verano para Educadores “Don José de la Luz y Caballero”, reunió este año a más de 250 maestros y profesores de todo el país, en el Instituto María Reina, de la Compañía de Jesús. Al igual que en los años anteriores, el curso consistió en un programa de conferencias magistrales, talleres y tardes educativas, así como un espacio apropiado para que jóvenes maestros de recién inicio en las aulas, maestros con años de trabajo y jubilados de vastos conocimientos, intercambiasen sus experiencias. Monseñor Manuel Hilario de Céspedes, Obispo de Matanzas y Presidente de la Comisión Organizadora y el Padre Ángel Cuevas y Villamañán, del Equipo Organizador, dieron la bienvenida a los



participantes y con ello se dio comienzo a una semana de intenso trabajo. La tarde del lunes culminó con una celebración Eucarística presidida por el Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana.

El Programa teórico comprendió tres conferencias magistrales: "Ciencia y Fe", "¿Educamos, instruimos o deformamos?" y "El don de ser educador", dictadas por el P. Dr. Ramón María Noguez, el Profesor Justo Chávez y el Hermano Carlos Martínez Larín, respectivamente; nueve talleres "Lectura crítica de los medios", "Didáctica de la historia", "La evaluación en el proceso de enseñanza- aprendizaje", "La investigación educativa desde la escuela", "La educación en el amor", "Las habilidades del pensamiento como una herramienta en la resolución de problemas", "Una mirada actual al Antiguo Testamento", "El maestro como líder" y "Didáctica del inglés", facilitados por especialistas en cada materia. A manera de talleres cortos en las tardes educativas, personas especializadas abordaron: "El mundo de los cuentos", "Bioética", "Herramientas pedagógicas para la prevención del VIH Sida" y "Cómo preparar juegos didácticos para las clases". El Programa, aunque apretado, dejó espacio para la espiritualidad, el establecimiento de amistades e incluso el buen humor.

## [Regresar arriba](#)

### **CRÉDITOS:**

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Habey Hechavarría y Lenier González.

Diseño: Ballate-ManRoval

## [Regresar arriba](#)

### **Discurso de Benedicto XVI en Auschwitz**

Tomar la palabra en este lugar de horror, de acumulación de crímenes contra Dios y contra el hombre que no tiene parangón en la historia, es casi imposible; y es particularmente difícil y deprimente para un cristiano, para un Papa que proviene de Alemania. En un lugar como este se queda uno sin palabras; en el fondo sólo se puede guardar un silencio de estupor, un silencio que es un grito interior dirigido a Dios: ¿Por qué, Señor, callaste? ¿Por qué toleraste todo esto?

Con esta actitud de silencio nos inclinamos profundamente en nuestro interior ante las innumerables personas que aquí sufrieron y murieron. Sin embargo, este silencio se transforma en petición de perdón y reconciliación, hecha en voz alta, un grito al Dios vivo para que no vuelva a permitir jamás algo semejante.

Hace 27, el 7 de junio de 1979, se encontraba aquí el Papa Juan Pablo II; y en esa ocasión dijo: "Vengo aquí hoy como peregrino. Se sabe que he estado aquí muchas veces... ¡Cuántas veces! Y muchas veces he bajado a la celda de la muerte de Maximiliano Kolbe y me he parado ante el muro del exterminio y he pasado entre las escorias de los hornos crematorios de Birkenau. No podía menos de venir aquí como Papa" (Homilía en el campo de concentración de Auschwitz, n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 17 de junio de 1979, p. 13).

El Papa Juan Pablo II estaba aquí como hijo del pueblo que, juntamente con el pueblo judío, tuvo que sufrir más en este lugar y, en general, a lo largo de la guerra: "Son seis millones de polacos los que perdieron la vida durante la segunda guerra mundial: la quinta parte de la nación", recordó entonces el Papa (ib.). Luego aquí hizo el solemne llamamiento al respeto de los derechos del hombre y de las naciones, que anteriormente habían hecho al mundo sus predecesores Juan XXIII y Pablo VI, y añadió: "Pronuncia estas palabras (...) el hijo de la nación que en su historia remota y más reciente ha sufrido de parte de los demás múltiples tribulaciones. Y no lo dice para acusar, sino para recordar. Habla en nombre de todas las naciones, cuyos derechos son violados y olvidados" (ib., n. 3).

El Papa Juan Pablo II estaba aquí como hijo del pueblo polaco. Yo estoy hoy aquí como hijo del pueblo alemán, y precisamente por esto debo y puedo decir como él: No podía por menos de venir aquí. Debía venir. Era y es un deber ante la verdad y ante el derecho de todos los que han sufrido, un deber ante Dios, estar aquí como sucesor de Juan Pablo II y como hijo del pueblo alemán, como hijo del pueblo sobre el cual un grupo de criminales alcanzó el poder mediante promesas mentirosas, en nombre de perspectivas de grandeza, de recuperación del honor de la nación y de su importancia, con previsiones de bienestar, y también con la fuerza del terror y de la intimidación; así, usaron y abusaron de nuestro pueblo como instrumento de su frenesí de destrucción y dominio.

Sí, no podía por menos de venir aquí. El 7 de junio de 1979 yo me encontraba aquí, como arzobispo de Munich-Freising, entre los numerosos obispos que acompañaban al Papa, que lo escuchaban y oraban juntamente con él. En 1980 volví una vez más a este lugar de horror con una delegación de obispos alemanes, turbado a causa del mal y agradecido por el hecho de que sobre estas tinieblas había surgido la estrella de la reconciliación.

Esta es también la finalidad por la que me encuentro hoy aquí: para implorar la gracia de la reconciliación; ante todo, a Dios, el único que puede abrir y purificar nuestro corazón; luego, a los hombres que aquí sufrieron; y, por último, la gracia de la reconciliación para todos los que, en este momento de nuestra historia, sufren de modo nuevo bajo el poder del odio y bajo la violencia fomentada por el odio.

¡Cuántas preguntas se nos imponen en este lugar! Siempre surge de nuevo la pregunta: ¿Dónde estaba Dios en esos días? ¿Por qué permaneció callado? ¿Cómo pudo tolerar este exceso de destrucción, este triunfo del mal?

Nos vienen a la mente las palabras del salmo 44, la lamentación del Israel doliente: "Tú nos arrojaste a un lugar de chacales y nos cubriste de tinieblas. (...) Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Despierta, Señor, ¿por qué duermes? Levántate, no nos rechaces más. ¿Por qué nos escondes tu rostro y olvidas nuestra desgracia y nuestra opresión?"

Nuestro aliento se hunde en el polvo, nuestro vientre está pegado al suelo. Levántate a socorrernos, redímenos por tu misericordia" (Sal 44, 20. 23-27). Este grito de angustia que el Israel doliente eleva a Dios en tiempos de suma angustia es a la vez el grito de ayuda de todos los que a lo largo de la historia —ayer, hoy y mañana— han sufrido por amor a Dios, por amor a la verdad y al bien; y hay muchos también hoy.

Nosotros no podemos escrutar el secreto de Dios. Sólo vemos fragmentos y nos equivocamos si queremos hacernos jueces de Dios y de la historia. En ese caso, no defenderíamos al hombre, sino que contribuiríamos sólo a su destrucción. No; en definitiva, debemos seguir elevando, con humildad pero con perseverancia, ese grito a Dios: "Levántate. No te olvides de tu criatura, el hombre". Y el grito que elevamos a Dios debe ser, a la vez, un grito que penetre nuestro mismo corazón, para que se despierte en nosotros la presencia escondida de Dios, para que el poder que Dios ha depositado en nuestro corazón no quede cubierto y ahogado en nosotros por el fango del egoísmo, del miedo a los hombres, de la indiferencia y del oportunismo.

Elevemos este grito a Dios; dirijámoslo también a nuestro corazón, precisamente en este momento de la historia, en el que se ciernen nuevas desventuras, en el que parecen resurgir de nuevo en el corazón de los hombres todas las fuerzas oscuras: por una parte, el abuso del nombre de Dios para justificar una violencia ciega contra personas inocentes; y, por otra, el cinismo que ignora a Dios y que se burla de la fe en él.

Nosotros elevamos nuestro grito a Dios para que impulse a los hombres a arrepentirse, a fin de que reconozcan que la violencia no crea la paz, sino que sólo suscita otra violencia, una espiral de destrucciones en la que, en último término, todos sólo pueden ser perdedores. El Dios en el que creemos es un Dios de la razón, pero de una razón que ciertamente no es una matemática neutral del universo, sino que es una sola cosa con el amor, con el bien. Nosotros oramos a Dios y gritamos a los hombres, para que esta razón, la razón del amor y del reconocimiento de la fuerza de la reconciliación y de la paz, prevalezca sobre las actuales amenazas de la irracionalidad o de una razón falsa, alejada de Dios.

El lugar en donde nos encontramos es un lugar de la memoria, el lugar de la Shoah. El pasado no es sólo pasado. Nos atañe también a nosotros y nos señala qué caminos no debemos tomar y qué caminos debemos tomar.

Como hizo Juan Pablo II, he recorrido el camino de las lápidas que, en diversas lenguas, recuerdan a las víctimas de este lugar: son lápidas en bielorruso, checo, alemán, francés, griego, hebreo, croata, italiano, yiddish, húngaro, holandés, noruego, polaco, ruso, rom, rumano, eslovaco, serbio, ucraniano, judeo-hispánico e inglés. Todas estas lápidas conmemorativas hablan de dolor humano; nos permiten intuir el cinismo de aquel poder que trataba a los hombres como material, sin reconocerlos como personas, en las que resplandece la imagen de Dios. Algunas lápidas invitan a una conmemoración particular.

Está la lápida en lengua hebrea. Los potentados del Tercer Reich querían aplastar al pueblo judío en su totalidad, borrarlo de la lista de los pueblos de la tierra. Entonces se verificaron de modo terrible las palabras del Salmo: "Nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza". En el fondo, con la aniquilación de este pueblo, esos criminales violentos querían matar a aquel Dios que llamó a Abraham, que hablando en el Sinaí estableció los criterios para orientar a la humanidad, criterios que son válidos para siempre. Si este pueblo, simplemente con su existencia, constituye un testimonio de ese Dios que ha hablado al hombre y cuida de él, entonces ese Dios finalmente debía morir, para que el dominio perteneciera sólo al hombre, a ellos mismos, que se consideraban los fuertes que habían sabido apoderarse del mundo. En realidad, con la destrucción de Israel, con la Shoah, querían en último término arrancar también la raíz en la que se basa la fe cristiana, sustituyéndola definitivamente con la fe hecha por sí misma, la fe en el dominio del hombre, del fuerte.

Luego está la lápida en lengua polaca: en una primera fase, y ante todo, se quería eliminar la élite cultural y borrar así al pueblo como sujeto histórico autónomo, para reducirlo, en la medida en que seguía existiendo, a un pueblo de esclavos.

Otra lápida que invita particularmente a reflexionar es la que está escrita en la lengua de los sinti y de los rom. También aquí se quería hacer desaparecer a un pueblo entero, que vive emigrando en medio de otros pueblos. Era considerado como un elemento inútil de la historia universal, en una ideología en la que ya sólo debía contar lo útil mensurable; todo lo demás, según sus conceptos, se clasificaba como *lebensunwertes Leben*, una vida indigna de ser vivida. Después está la lápida en ruso, que evoca el inmenso número de vidas sacrificadas entre los soldados rusos en el enfrentamiento con el régimen del terror nacionalsocialista; sin embargo, al mismo tiempo, nos hace reflexionar sobre el trágico doble significado de su misión: libraron a los pueblos de una dictadura, pero sometiendo también a los mismos pueblos a una nueva dictadura, la de Stalin y la ideología comunista.

También todas las demás lápidas, en muchas otras lenguas de Europa, nos hablan del sufrimiento de hombres de todo el continente. Si no nos limitáramos a hacer memoria de las víctimas de modo global, sino que, además, viéramos los rostros de cada una de las personas que murieron aquí, en lo más lóbrego del terror, nuestro corazón se sentiría profundamente afectado.

He sentido en mi interior el deber de detenerme en particular ante la lápida en lengua alemana. Allí emerge ante nosotros el rostro de Edith Stein, Teresa Benedicta de la Cruz, judía y alemana, que juntamente con su hermana murió en el horror de la noche del campo de concentración nazi alemán; como cristiana y judía, aceptó morir junto con su pueblo y por él.

Los alemanes que entonces fueron traídos a Auschwitz-Birkenau y que murieron aquí eran considerados *Abaschaum der Nation*, la basura de la nación. Sin embargo, ahora nosotros los reconocemos con gratitud como testigos de la verdad y del bien, que en nuestro pueblo tampoco habían desaparecido. Damos gracias a estas personas porque no se sometieron al poder del mal y ahora están ante nosotros como luces en una noche oscura. Con profundo respeto y gratitud nos inclinamos ante todos los que, como los tres jóvenes frente a la amenaza del horno de Babilonia, supieron responder: "Sólo nuestro Dios puede librarnos; pero si no lo hace, has de saber, oh rey, que nosotros no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que has erigido" (Dn 3, 17-18).

Sí; detrás de estas lápidas se oculta el destino de innumerables seres humanos. Sacuden nuestra memoria, sacuden nuestro corazón. No quieren provocar en nosotros el odio; más bien, nos demuestran cuán terrible es la obra del odio. Quieren hacer que la razón reconozca el mal como mal y lo rechace; quieren suscitar en nosotros la valentía del bien, de la resistencia contra el mal. Quieren despertar en nosotros los sentimientos que se expresan en las palabras que Sófocles pone en labios de Antígona ante el horror que la rodea: "Están aquí no para odiar juntos, sino para amar juntos".

Gracias a Dios, con la purificación de la memoria, a la que nos impulsa este lugar de horror, crecen en torno a él múltiples iniciativas que quieren poner un límite al mal y dar fuerza al bien. Hace poco he bendecido el Centro para el diálogo y la oración. En las cercanías se desarrolla la vida oculta de las religiosas carmelitas, conscientes de estar particularmente unidas al misterio de la cruz de Cristo; nos recuerdan la fe de los cristianos, que afirma que Dios mismo ha descendido al infierno del sufrimiento y sufre juntamente con nosotros. En Oswiecim existe el Centro de San Maximiliano y el Centro internacional de formación sobre Auschwitz y el Holocausto. Además, está la Casa internacional para los encuentros de la juventud. En una de las antiguas Casas de oración existe el Centro judío. Por último, se está constituyendo la Academia para los derechos humanos. Así podemos esperar que del lugar del horror surja y crezca una reflexión constructiva, y que recordar ayude a resistir al mal y a hacer que triunfe el amor.

En Auschwitz-Birkenau la humanidad atravesó por "un valle oscuro". Por eso, precisamente en este lugar, quisiera concluir con una oración de confianza, con un Salmo de Israel que, a la vez, es una plegaria de la cristiandad: "El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. (...) Habitaré en la casa del Señor por años sin término" (Sal 23, 1-4. 6).

[Regresar arriba](#)